

chones negruzcos la permanencia malsana de algunos fumadores. Nada tan semejante al salón banal que los periódicos llaman *Redacción*. Birotteau, temiendo ser indiscreto, dió tres golpecitos en la puerta de frente á aquella por donde había entrado.

— ¡Adelante! gritó Claparón, cuyo esfuerzo indicaba la distancia que su voz tenía que recorrer y el vacío de aquella habitación, en donde el perfumista oía chisporrotear un fuego abundante, pero donde el banquero no estaba.

Aquel cuarto le servía, en efecto, de gabinete particular. Entre la fastuosa audiencia de Keller y el singular descuido de aquel supuesto poderoso industrial, había toda la diferencia que hay entre Versailles y la choza de un caudillo salvaje. El perfumista conocía ya las grandezas de la banca, iba entonces á conocer sus bellaquerías.

Acostado en una especie de tabuco rectangular abierto detrás del gabinete, y en donde las costumbres de una vida descuidada habían estropeado, ensuciado, engrasado, inutilizado, destrozado, arruinado casi todo un mobiliario casi elegante en sus primicias, Claparón, al ver á Birotteau, se envolvió en su bata grasienta, dejó su pipa y corrió las cortinas de la cama con una rapidez que le hizo sospechoso ante el inocente perfumista.

— Sentaos, señor, dijo aquel espantajo de banquero.

Claparón, sin peluca y con la cabeza envuelta en un pañuelo ladeado, pareció tanto más repugnante á Birotteau cuanto que la bata entreabriéndose

dejó ver una especie de camiseta de punto, de lana blanca, ya roñosa, por el uso excesivamente prolongado.

— ¿Queréis almorzar conmigo? dijo Claparón, acordándose del baile del perfumista, y queriendo tomar la revancha y corresponder á aquella invitación.

En efecto, una mesa redonda de la cual habían retirado en desorden los papeles, acusaba una agradable compañía, mostrando un pastel, ostras, vino blanco y los vulgares riñones salteados con vino de Champagne, clavados en la salsa cuajada. Delante de la chimenea, de carbón vegetal, el fuego doraba una tortilla de trufas. En fin, dos cubiertos y dos servilletas, manchadas en la cena de la víspera, hubieran dado que sospechar á la inocencia más pura. Creyéndose hombre hábil, Claparón insistió, á pesar de las negativas de Birotteau.

— Debía acompañarme alguien, pero ese alguien se ha excusado, exclamó el malicioso viajante, de modo que pudiese oírle una persona sumergida entre las ropas de su cama.

— Señor, dijo Birotteau, vengo únicamente para negocios, y no os entretendré mucho tiempo.

— Estoy abrumado, respondió Claparón mostrando unas mesas llenas de papeles, no me dejan un solo momento mío. No recibo más que los sábados; pero para vos, mi querido señor, estoy siempre dispuesto á todo. No encuentro tiempo para mis goces ni para mis distracciones, llego á perder la conciencia de mis negocios, que, para ofrecerse con

claridad, necesitan algún descanso. No se me ve nunca ocioso en los paseos. ¡Bah! Los negocios me fastidian, no quiero ni oír hablar de negocios; tengo ya bastante dinero, y nunca tendré bastante felicidad. ¡A fe mía! ¡quiero viajar, ver Italia! ¡Oh! Italia querida, aún bella entre sus disturbios, adorable tierra donde sin duda encontraré una italiana tierna y majestuosa; ¡siempre me gustaron las italianas! ¿Habéis tenido amores con alguna italiana? ¿No? Pues bien, id conmigo a Italia. Veremos Venecia, residencia de los Dogos, y malamente caída en poder de Austria, donde las artes son desconocidas. ¡Bah! Dejemos tranquilos los negocios, los canales, los empréstitos y los gobiernos. Soy muy bonachón cuando tengo el riñón cubierto. ¡Demonio! Viajemos.

— Una sola palabra, señor, y os dejo; dijo Birotteau. ¡Habéis endosado mis pagarés al señor Bidault!

— Queréis decir Gigonnet, el buen Gigonnet; un hombre corriente... corredizo... como un nudo.

— Sí, replicó César. Quisiera... y para esto cuento con vuestro honor y vuestra delicadeza...

Claparón se inclinó.

— Quisiera renovar...

— Imposible, respondió secamente el banquero, no estoy solo en el negocio. Nos hemos reunido en consejo; unas verdaderas cortes; pero no estamos nunca de acuerdo. ¡Ah, diablo! deliberamos. Los terrenos de la Magdalena no valen nada, negociamos lo que podemos. Bien, mi querido señor, si no

nos hubiésemos comprometido en el asunto de los Campos Eliseos, alrededor de la Bolsa nueva, en el barrio de San Lázaro y en el Tivoli, no tendríamos ya negocios. ¿Qué es la Magdalena? Una cosa insignificante. ¡Ah! nosotros no nos acobardamos, amigo mío, dijo dando unas palmadas en el vientre de Birotteau y cogiéndole por la cintura. Vaya, veamos, almorzad conmigo y hablaremos, insistió Claparón procurando endulzar su negativa.

— Con mucho gusto, dijo Birotteau. «Tanto peor para el convidado», pensó el perfumista, proyectando emborrachar a Claparón, con el fin de saber quiénes eran sus verdaderos asociados en aquel negocio que ya empezaba a parecerle tenebroso.

— Bien. ¡Victoria! gritó el banquero.

A ese grito compareció una verdadera Leonarda ataviada como una vendedora de pescado.

— Di a mis dependientes que no estoy para nadie, ni siquiera para Nucingen, los Keller, Gigonnet y demás.

— Sólo ha venido el señor Lempereur.

— Él recibirá a la gente principal, dijo Claparón. La morralla no pasará de la antesala. Supondrán que preparo alguna combinación... de vinos.

Emborrachar a un antiguo viajante es cosa imposible. César había confundido la charlatanería de mal gusto con los síntomas de la embriaguez cuando trató de confesar a su consocio.

— Manteneis aún relaciones con ese canalla de Roguin, dijo Birotteau. ¿No podríais escribirle que ayudase a un amigo a quien ha comprometido, a

un hombre con el cual comía todos los domingos, y á quien conoce hace veinte años?

— ¿Roguin?... ¡un tonto! Su participación es nuestra. No os entristezcáis, amigo mío, todo acabará bien. ¡Pagad el día 15, y luego ya veremos! Cuando digo ya veremos... (¡un vaso de vino!) el capital no me pertenece en absoluto. ¡Ah! no pagaréis, no sé ocultaros nada; llevo en el negocio una comisión por las compras y una participación en los beneficios; en esas condiciones manejo á los propietarios... ¿Comprendéis? tenéis asociados adinerados; no hay miedo, mi querido señor. ¡Hoy los negocios se subdividen! ¡Un asunto exige el concurso de tantas inteligencias! ¿Entráis con nosotros en especulaciones? No perdáis el tiempo con los tarros de bandolina y los peines, ¡eso no vale nada! Esquilad al público, entrad en la especulación.

— ¿La especulación? dijo el perfumista. ¿Qué comercio es ese?

— Es el comercio abstracto, respondió Claparón, un comercio que aún será desconocido durante diez años, según dice Nucingen, el Napoleón financiero, y por el cual un hombre abarca la totalidad de las cifras, explota las utilidades antes que las haya; una concepción gigantesca, un modo de consolidar las esperanzas; en fin, ¡una nueva cábala! Aún no somos más que diez ó doce elegidos iniciados en los secretos cabalísticos de esas magníficas combinaciones.

César abrió los ojos y los oídos, tratando de comprender aquella fraseología complicada.

— Escuchad, dijo Claparón después de una pausa, para semejantes combinaciones se necesitan hombres. Hay un hombre que tiene ideas y no tiene un céntimo, como todos los hombres que tienen ideas. Esas gentes piensan y reflexionan sin prestar atención á nada. ¡Figuraos un cerdo que anda errante en un bosque de trufas! Le sigue un osado, el hombre de dinero, que aguarda el gruñido excitado por el hallazgo. Cuando el hombre de ideas ha encontrado algún buen negocio, el hombre de dinero le da entonces una manotada en la cabeza, y le dice: « ¿Qué es esto? Os metéis en la boca del lobo, van á faltaros fuerzas para realizar vuestro pensamiento; tomad mil francos y dejadme que ponga en claro el negocio ». ¡Bueno! el banquero convoca entonces á los industriales. « ¡Amigos míos, á la obra! ¡prospectos! ¡la farsa á todo trance! » Se cogen las trompas de caza y se pregona estrepitosamente: « ¡Cien mil francos por veinticinco céntimos! » ó veinticinco céntimos por cien mil francos, « minas de oro, minas de carbón... » En fin, todo el mecanismo del comercio. Se compran los informes de los hombres de ciencia ó de los artistas, se construye la barraca, el público entra, da su dinero, que viene á caer á nuestras manos. El cerdo está encerrado en su pocilga comiendo patatas y los otros se revuelcan entre montones de billetes de banco. Es el agio, mi querido señor. Entrad en los negocios. ¿Qué preferiríais ser? ¿cerdo, pavo, pelele ó millonario? Reflexionad acerca de este punto; os he formulado la teoría de las empresas modernas. Venid á verme,

encontraréis en mí un buen muchacho siempre alegre. La jovialidad francesa, á la vez grave y ligera, no perjudica á los negocios, ¡al contrario! ¡Los hombres que beben mucho se entienden! ¡Vaya otro vaso de Champagne superior, vaya! Este vino lo ha enviado un hombre de Epernay, que ha vendido mucho por mi mediación, y á buen precio (he comerciado en vinos). Se siente agradecido y se acuerda de mí en su prosperidad; cosa extraña.

Birotteau, asombrado de la ligereza, del desenfado de aquel hombre á quien todo el mundo reconocía una penetración sorprendente y mucha capacidad, no se atrevió á preguntarle. En la excitación confusa que le había producido el Champagne, se acordó, no obstante, de un nombre que había oído á de Tillet, y preguntó quién era y dónde vivía el señor Gobseck, banquero.

— ¿En esas estamos aún, mi querido señor? dijo Claperón. Gobseck es banquero, como es médico el verdugo de París. Su primera palabra es el cincuenta por ciento; es de la escuela de Árpagón: tiene á vuestra disposición canarios de Canarias, boas disecadas, pieles en verano, alpaca en invierno. ¿Y qué valores le presentaríais? Para que admitiese vuestra firma tendríais que depositar á vuestra mujer, á vuestra hija, vuestro paraguas, todo, hasta vuestra sombrerera, vuestros zapatos, la badila, las tenazas y la leña que tenéis en vuestra cueva... ¡Gobseck! ¡Gobseck! genio del mal, ¿quién os ha indicado esa guillotina financiera?

— El señor de Tillet.

— ¡Ah, el tunante! le reconozco. En otro tiempo fuimos amigos. Si reñimos hasta el punto de no saludarnos, creed que mi repulsión es fundada; he podido leer en el fondo de su alma corrompida; me obligó á quedar mal á pesar mío, en el baile que nos disteis; ¡no puedo soportarle! con sus aires insolentes porque está en relaciones con la mujer de un notario! yo tendría marquesas, cuando quisiera ¡Yo! y él no tendrá nunca mi estimación. ¿Él? ¡nunca! ¡Oh! Mi estimación. ¡Ah! Estimo á una princesa que no le molestará nunca en su lecho. Sois un guasón; ¡vaya con este hombre! Nos da un baile, y dos meses después viene á pedir renovaciones. Podéis llegar muy lejos. Hagamos negocios juntos. Puedo explotar vuestra buena reputación. ¡Oh! De Tillet ha nacido para entenderse con Gobseck. De Tillet acabará mal en los negocios. Si es como dicen, el *cordero* del viejo Gobseck, no puede llegar muy lejos. Gobseck está en su rincón, agazapado como una araña vieja que ha dado la vuelta al mundo. Pronto ó tarde, ¡Uf! el usurero se sorbe á su aliado como yo este vino. ¡Tanto mejor! De Tillet me jugó una mala pasada... ¡oh! una accion digna de la horca.

Después de una hora y media derrochada en habladerías insustanciales, Birotteau quiso marcharse viendo al antiguo viajante, dispuesto á referirle la aventura de un diputado de Marsella, enamorado de una actriz que representaba el papel de la *Bella Arsenia*, y á la cual el público monárquico silbaba.

— Se levantó, dijo Claparón, é irguiéndose en su palco : « ¡ Maldito quien silba!... ¡ Uf!... ¡ Si es una mujer, yo la desprecio ; si es un hombre, se verá conmigo, si no es hombre ni mujer, que lo parta un rayo!... » ¿ Sabéis cómo concluyó la aventura?

— Adiós, señor, dijo Birotteau.

— Volveréis á verme, le dijo entonces Claparón. El primer pagaré de *Cayron* ha sido protestado ; lo he tenido que reintegrar. Voy á enviároslo porque, los negocios ante todo.

Birotteau sintió su corazón tan apesadumbrado por aquella insustancial y afectada cortesía como por la dureza de Keller y la burla alemana de Nucingen. La familiaridad de aquel hombre y sus grotescas confianzas, excitadas por el Champagne, habían marchitado el alma del honrado perfumista, que pensó haber caído en un chamizo financiero. Bajó la escalera, y se encontró en la calle sin saber á dónde iba. Anduvo por los bulevares ; llegó á la calle de San Dionisio ; recordó á Molineux, y se dirigió al pasaje Batave. Subió la escalera sucia y tortuosa que antes había subido satisfecho y altanero. Pensando en la mezquina aspereza de Molineux, se estremeció al verse obligado á implorarle. Como en la primera visita del perfumista, el casero estaba junto al fuego, pero esta vez, haciendo ya la digestión de su desayuno ; Birotteau le formuló su pretensión.

— ¿ Renovar un pagaré de mil doscientos francos? dijo Molineux mostrando una burlona incredulidad.

— No estáis en lo firme, señor. Si no tenéis mil doscientos francos para pagarme el día 15, ¿ voy á estarme sin cobrar? ¡ Ah! Lo sentiré mucho, pero no tengo la menor consideración cuando se trata de dinero ; mis aquileres son mis ingresos. Sin eso, ¿ con qué pagaría yo lo que debo? Un comerciante no desaprobará este principio saludable. El dinero no tiene amigos, ni oídos, ni corazón. El invierno es crudo ; la leña se ha encarecido. Si no pagáis el 15, recibireis el 16 una citación al mediodía ! Bah! el buen Mitral, vuestro escribano, lo es también mío y os enviará la citación bajo sobre, con todos los miramientos debidos á vuestra elevada posición.

— Caballero, no me vi jamás en esos trances, dijo Birotteau.

— Todo tiene su principio, dijo Molineux.

Consternado por la implacable ferocidad de aquel viejecillo, el perfumista se abatió, porque le parecía oír el toque funeral de la quiebra resonando en sus oídos. Cada tañido despertaba el recuerdo de las frases que su jurisprudencia inexorable le había sugerido acerca de las quiebras. Sus opiniones se dibujaban con rasgos de fuego en la reblandecida sustancia de su cerebro.

— A propósito, dijo Molineux ; os habéis olvidado de poner en vuestros pagarés : *Valor recibido en alquileres*.

— Mi posición no me permite hacer nada en perjuicio de mis acreedores, dijo el perfumista atontado al ver el precipicio entreabierto.

— Bueno, señor, muy bien ; creí haberlo apren-

dido todo, en materia de inquilinatos, con los señores inquilinos. Me faltaba que aprender esto: no se deben admitir nunca pagarés en pago de alquileres. ¡Oh! Acudiré á los tribunales, porque vuestra respuesta indica bien claramente que no recogeréis vuestra firma. El asunto interesa á todos los caseros de París.

Birotteau salió hastiado de la vida. Es condición de las almas tiernas y débiles desanimarse al primer contratiempo, de igual modo que el primer éxito las anima. César no confiaba más que en el desinterés del joven Popinot, en el cual pensó, naturalmente, al encontrarse en el mercado de los Inocentes.

— ¡El pobre muchacho! ¡Quien me hubiera predicho esto cuando, hace mes y medio, en las Tullerías, le lancé á los negocios!

Eran cerca de las cuatro, hora en que los magistrados salen de la Audiencia. Por casualidad, el juez de instrucción había ido á ver á su sobrino. Este juez, uno de los espíritus más perspicaces en asuntos de moral, tenía un tacto especial para descubrir las intenciones secretas, reconocer el sentido de las acciones humanas más indiferentes, los gérmenes de un crimen, las raíces de un delito; y observó á Birotteau sin que Birotteau lo notara. El perfumista, contrariado por encontrar al tío en compañía del sobrino, le aparecía molesto, preocupado, pensativo. El joven Popinot, siempre atareado, con la pluma detrás de la oreja, estuvo, como siempre, humilde y servicial ante el padre de Cesarina. Las palabras indiferentes dichas por César á su asociado pare-

cieron al juez como el preámbulo de una petición importante. En vez de irse, el astuto magistrado permaneció allí bien á pesar de su sobrino, porque había calculado que el perfumista trataría de evitarle, despidiéndose. Cuando Birotteau se había ido, el juez se fué, pero descubrió á Birotteau divagando en el trozo de calle de los Cinco Diamantes que conduce á la de Aubry-le-Boucher. Esta circunstancia insignificante hizo caer en sospechas al viejo Popinot acerca de las intenciones de César: dirigióse hacia la calle de los Lombardos y cuando vió que el perfumista entraba de nuevo en casa de Anselmo, volvió rápidamente.

— Mi querido Popinot, había dicho César á su asociado, vengo á pedirte un servicio.

— ¡Qué debo hacer? dijo Popinot con generoso ardor.

— ¡Ah, me devuelves la vida! exclamó el buen hombre, considerándose dichoso al sentir el fuego de un corazón brillando entre los hielos sobre los cuales había navegado veinticinco días. Necesito que me firmes pagarés por valor de cincuenta mil francos, á descontar de mi participación en los beneficios. Ya nos pondremos de acuerdo para recogerlos.

Popinot miró fijamente á César; César bajó los ojos. En este momento el juez reapareció.

— Hijo mío... ¡Ah, dispensad, señor Birotteau! Hijo mío, se me había olvidado decirte...

Y con el gesto imperioso de los magistrados, el juez arrastró á su sobrino á la calle, y le obligó,

aunque iba con mandil y sin sombrero, á oírle, andando hacia la calle de los Lombardos.

— Sobrino, acaso tu antiguo principal se halla envuelto en asuntos de tal manera complicados que no sería difícil verle arrastrado á la quiebra. En tales circunstancias, los hombres que ostentan cuarenta años de probidad, los hombres más virtuosos, con el deseo de conservar su honra, imitan á los jugadores empedernidos; son capaces de todo; venden sus mujeres, comercian con sus hijas; comprometen á sus mejores amigos; ofrecen en garantía lo que no les pertenece; juegan, se hacen comediantes y embusteros, aprenden á llorar lástimas... En fin, he visto cosas verdaderamente extraordinarias. Tú mismo conociste la buena fama de Roguin, el hombre impecable. No aplico esas conclusiones rigurosas al señor Birotteau: le creo muy honrado; pero si te pide que hagas algo, cualquier cosa contraria á las leyes del comercio, como suscribir compromisos y lanzarte en el sistema de *circulaciones*, que, según mi opinion es un principio de estafa, porque es la moneda falsa del papel, prométeme no firmar nada sin consultarme. Piensa que si quieres á su hija, es necesario, en interés mismo de tu pasión, no destruir tu porvenir. Si el señor Birotteau está en peligro de hundirse ¿por qué has de hundirte con él? Esto sería privaros el uno y el otro de las esperanzas de tu casa de comercio, que será su refugio.

— Gracias, tío; al buen entendedor, salud; dijo Popinot, comprendiendo entonces la dolorida exclamación de su sobrino.

El comerciante de aceites finos y otras especies, volvió á su lóbrega tienda, muy preocupado. Birotteau notó el cambio.

— Tened la bondad de subir á mi cuarto; estaremos mejor que aquí. Los dependientes, aunque muy ocupados, podrían oírnos.

Birotteau siguió á Popinot, presa de las ansias del condenado entre la casación de su sentencia y la recusación de su demanda.

— Mi querido bienhechor, dijo Anselmo, no daréis de mi adhesión ciega. Permitidme solamente que os pregunte si esa cantidad os salva por completo, ó si es nada más un aplazamiento de la catástrofe, porque siendo así ¿que ganabais arrastrándome? Necesitáis pagarés á noventa días. Pues bien; dentro de tres meses me será imposible recogerlos.

Birotteau, pálido y solemne, se levantó; mirando á Popinot.

Popinot, asustado, exclamó:

— Los haré si queréis.

— ¡Ingrato! dijo el perfumista, reconcentrando las pocas fuerzas que le quedaban, para arrojar esa palabra como un anatema al rostro de Anselmo.

Birotteau se dirigió á la puerta y salió. Popinot, re- puesto ya de la impresión que aquella palabra terrible produjo en él, se abalanzó á la escalera, corrió á la calle, pero ya no encontró al perfumista. El enamorado de Cesarina oía constantemente aquella terrible sentencia; á todas horas aparecía á sus ojos el rostro alterado del pobre César; llegó á vivir,

como Hamlet, perseguido por un espantoso espectro.

Birotteau recorría las calles de aquel barrio, como un borracho. Divagando llegó al muelle, siguiéndolo fué hasta Sèvres, donde pasó la noche en una posada, loco de dolor; y su mujer, aterrada, no se atrevió á decir que le buscaran en parte alguna. En semejantes circunstancias, una alarma imprudentemente producida es fatal. Constanza, previsora, sacrificó su tranquilidad á la reputación comercial; aguardó durante toda la noche, mezclando sus oraciones y sus inquietudes. ¿Habría muerto César? ¿Habría hecho alguna diligencia lejos de París, alentado por una postrera esperanza? A la mañana siguiente aparentó conocer los motivos de aquella ausencia; pero avisó á su tío y le rogó fuese á la Morgue, cuando á las cinco Birotteau no había vuelto. Durante aquel tiempo, la valerosa mujer estaba en su escritorio; su hija bordaba junto á ella. Las dos, con la fisonomía serena, ni triste ni sonriente, recibían al público. Pillereault se presentó acompañado de César. Al volver de la Bolsa, le había encontrado en el Palais-Royal, indeciso ante una casa de juego. Era el día 14. A la hora de comer, César no tuvo apetito. El estómago, violentamente contraído, rechazaba los alimentos. La sobremesa, fué aún más horrible. El comerciante sintió por centésima vez una de esas espantosas alternativas de esperanza y de desesperación que hacen recorrer al alma toda la escala de sensaciones alegres, y la precipitan en la última de las emociones dolorosas, desgastando así

las naturalezas débiles. Derville, abogado de Birotteau, entró en el salón espléndido, donde la señora de César retenía, valiéndose de todo su dominio, á su pobre marido empeñado en irse á dormir al quinto piso, « ¡para no ver los monumentos de su locura! »

— Se ha ganado el pleito, dijo Derville.

Al oír estas palabras, el rostro crispado de César se animó; pero su alegría espantó á Pillereault y á Derville. Las mujeres salieron, aterradas, para ir á llorar al gabinete de Cesarina.

— ¿Siendo así, puedo pedir prestado? exclamó el perfumista.

— Sería imprudente, dijo Derville; ellos apelarán, el tribunal puede reformar la sentencia; pero dentro de un mes será firme.

— ¡Un mes!

César cayó en un abatimiento del que nadie intentó sacarle. Aquella especie de catalepsia invertida, en la cual el cuerpo vivía sufriendo mientras que las funciones de la inteligencia estaban paralizadas; aquella tregua ofrecida por la casualidad, fué considerada por Constanza, por Cesarina, por Pillereault y Derville, como un auxilio del cielo. Birotteau pudo soportar así las desgarradoras emociones de la noche. Estaba en una poltrona, en un rincón, junto á la chimenea; en el opuesto estaba su mujer, que le observaba atentamente, con una dulce sonrisa en los labios, una de esas sonrisas reveladoras de que las mujeres tienen más de ángeles que los hombres, por que saben unir una ternura infinita á



la más completa compasión, secreto que pertenece á los ángeles aparecidos en algunos sueños, providencialmente sembrados á largos intervalos en la vida humana. Cesarina, sentada en un taburete, estaba á los pies de su madre, y rozaba de vez en cuando con sus cabellos las manos de su padre, haciéndole una caricia con la que trataba de transmitirle las ideas que, en tales crisis, la voz hace importunas.

Sentado en un sillón como el canciller del Hospital lo está en el suyo en el peristilo de la Cámara de los diputados, Pillereault, ese filósofo dispuesto á todo, mostraba en su semblante la inteligencia grabada en la frente de las esfinges egipcias y hablaba en voz baja con Derville. Constanza había sido de parecer de consultar al abogado, cuya discreción no era sospechosa. Sabiendo de memoria el balance de su casa, explicaba su situación á Derville, hablándole al oído. Después de una conferencia de una hora próximamente, sostenida en presencia del perfumista atontado, el abogado bajó la cabeza mirando á Pillereault.

— Señora, dijo con la horrible sangre fría de los hombres de negocios hay que rendirse. Aun su poniendo que por cualquier artificio llegaseis á pagar mañana, tenéis que saldar por lo menos trescientos mil francos antes de poder tomar prestado sobre todos vuestros terrenos. A un pasivo de quinientos cincuenta mil francos, oponéis un activo muy atendible, muy productivo, pero no realizable; sucumbiríais más adelante. Opino que vale más saltar por la ventana que rodar por la escalera.

— Esa es también mi opinión, hija mía, dijo Pillereault.

Derville fué acompañado hasta la puerta por la señora Birotteau y por Pillereault.

— ¡Pobre padre! dijo Cesarina, que se levantó dulcemente para estampar un beso en la frente de César. ¿Anselmo, no ha podido hacer nada? preguntó cuando su tío y su madre volvieron.

— ¡Ingrato! exclamó César, herido por aquel nombre en la única parte sensible de su memoria, como una tecla de piano cuyo martillo golpea la cuerda.

Desde el momento en que tal palabra le fué dirigida como un anatema, el joven Popinot no tuvo un momento de reposo ni un instante de tranquilidad. El desgraciado joven renegaba de su tío, y había ido á buscarle. Para hacer capitular su vieja experiencia judicial, había desplegado la elocuencia del amor, esperando conmover al hombre sobre cuyo corazón las palabras humanas resbalaban como el agua sobre un lienzo impermeable: ¡todo un juez!

— Comercialmente hablando, le dijo, la costumbre permite al socio gerente facilitar una cierta cantidad al socio comanditario como anticipo á cuenta de los beneficios, y nuestra sociedad debe realizarlos pronto y abundantes. Examinados muy detenidamente mis negocios, me siento con fuerzas para pagar cuarenta mil francos en tres meses. La probidad del señor Birotteau obliga á suponer que esos cuarenta mil francos serán empleados en retirar firmas. Así, en caso de quiebra, los acreedores